QUE EL ESTUDIO PROFUNDO Y DETENIDO
DE LAS LENGUAS EXTRANJERAS,
LÉJOS DE CONTRIBUIR AL DETERIORO DE LA PROPIA,
SIRVE
PARA CONOCERLA Y MANEJARLA CON MAS ACIERTO.

DISCURSO

ESCRITO

POR EL EXCMO. SR. D. ANTONIO ALCALÁ GALIANO,

INDIVIDUO DE NÚMERO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

Y LEIDO

EN LA JUNTA PÚBLICA CELEBRADA POR DICHA CORPORACION

el dia 29 de Setiembre de 1861.



MADRID,

IMPRENTA NACIONAL.

1861.

Cuando por todas partes suenan, y, por lo mismo que suenan en balde, se repiten sentidos lamentos con que los amantes de nuestra lengua se duelen del estado de corrupcion á que ha llegado en manos de ignorantes escritores, no es impropio lugar este recinto, ni ocasion inoportuna la presente, para que una vez más se oiga tan justa queja, siquiera canse ó enoje por lo repetida ó por lo inútil. Al Cuerpo custodio de la pureza de tan maltratado y estropeado idioma toca ser constante en el desempeño de uno de sus principales cargos, y pues tanto se ha menester limpiar lo que de contínuo se mancha, la necesidad disculpa, y hasta justifica lo poco agradable y nada nuevo de la materia del discurso que esta Real Academia se ha dignado encargarme para el presente dia; quizá, permítaseme decirlo, cometiendo un yerro por exceso de indulgencia al escoger voz tan flaca, y ahora como ántes nunca debilitada por el peso de los años y los males, para que lleve la de tantos mis ilustres compañeros. Y como para fijar nuestra lengua por medio de agudas y atinadas observaciones, hijas del estudio y buen juicio, y para darle esplendor con brillantes escritos es razon recurrir á los hombres de superior entendimiento y

doctrina, para cumplir con la parte primera de nuestra divisa bastan inferiores dotes. Bien sienta, pues, pobre asunto á no ménos pobre ingenio, y si mis colegas y el respetable auditório, que con su asistencia nos favorece, no pueden prometerse en este instante el placer de admirar el vuelo de una atrevida fantasía, ó de regalarse el oido con los primores de un estilo y diccion, donde vayan hermanados lo galano y lo correcto, tratando una materia que á la par empeñe la atencion por su importancia y deleite por lo feliz del desempeño, en compensacion no habrá que temer una caida de las que causan juntamente los opuestos efectos de dolor y risa en quienes son de ellas espectadores.

No es mi propósito meramente condolerme de un mal de todos conocido, confesado y llorado, pues para proceder así me bastarian pocas frases, que, además, pecarian por ser vaga enunciacion de la naturaleza y gravedad de la dolencia, y no, como es debido y conveniente que sea, exámen de uno de sus varios orígenes, lo cual lleva á encontrarle uno de los remedios que pueden, cuando no sanarla de raíz, mitigar lo intenso y acerbo de su carácter y estragos.

Al estudio casi exclusivo de lenguas extrañas, y muy particularmente de la francesa, es comun achacar la decadencia y postracion actual de la castellana, y en esta opinion general hay mucho cierto, pues nunca un error universal, áun siendo de los mas groseros, deja de ser una verdad, vista, ó mal, ó en una pequeña parte ó por solo un lado; pero hay no poco, si no enteramente erróneo, equivocado, ó, cuando ménos, en que va mezclada y confusa con una idea verdadera una falsa. Sin duda, quien únicamente, ó si no tanto, poco ménos, leyese libros sólo en un idioma llegaria á contraer el hábito de concebir y arreglar en él sus pensamientos, lo cual lleva consigo el valerse de giros y voces de la lengua en que se piensa, y áun pasa á mas, porque da cierta naturaleza particular al estilo, del que es la diccion, si no la parte principal, una muy considerable. Con ménos seguridad puede afirmarse

que, leyendo sólo libros en nuestra lengua propia, no estaremos expuestos á incurrir en la culpa de usar frases y palabras extranjeras, porque es necesario para que así suceda que los libros leidos y manejados estén escritos con pura y correcta diccion, prenda nada comun en estos dias de adulteracion y deterioro de nuestro idioma; y áun, en caso tal, todavía es posible, y bien se podria decir probable, que recoja y pase á emplear la pluma giros y vocablos de los ménos sufribles; siendo sabido que hoy, si mal escribimos, peor hablamos. Y, no cabiendo, por otra parte, en lo posible que una persona ilustrada ignore toda lengua extranjera, ó se abstenga de leer obras que no estén escritas en la suya propia, el bien, si acaso lo fuese, de la como cuarentena literaria para libertarse de roces peligrosos se quedaria en ser un deseo inasequible.

Pero, bien mirado, no es el conocimiento cabal y perfecto de lenguas extranjeras, y el manejo no exclusivo de libros en un idioma ajeno lo que vicia y corrompe el habla castellana, y lo que asimismo está viciando y corrompiendo la diccion en los escritos de otras gentes; no escapando la actual literatura francesa, general corruptora, de verse ella misma corrompida. Lo que, sí, daña, lo que, sí, es de condenar y de evitar, es el conocimiento somero é imperfecto de una lengua de la cual, ó se traduce una obra, ó se toman ideas; y lo que tiene mas parte en el deterioro presente del habla de nuestros mayores, de cierto, no es tanto la lectura de buenos libros franceses, cuanto el manejo de escritos de nuestros dias donde no pocos galicistas lo son ignorando casi del todo, y en alguna ocasion enteramente, el idioma cuyas frases y voces emplean, y con frecuencia no en su verdadera acepcion y significado genuino; yerro muy comun hijo de la ignorancia. Si D. *Tomás de Iriarte*, aunque escritor de fria imaginacion y desmayado estilo, á nadie segundo, no obstante su profundo conocimiento del idioma francés, en lo puro y correcto de la diccion, dice en una de sus fábulas que algun

«Español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau ó del Tasso
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso,»

este aserto debe ser considerado como una ponderacion de las muy usadas y lícitas en las generalidades de la sátira, pero, sin temor de errar, puede afirmarse que tales españoles no existen ni han existido, á no ser de los educados y de contínuo residentes fuera de su patria; pues de los aficionados á la literatura, á punto de haber leido y conservado en la memoria largos trozos del insigne escritor frances y del gran poeta italiano, ninguno habrá totalmente ajeno de toda noticia, ó áun de la tal cual lectura de los principales poetas, cuando no de todos los buenos escritores, de su lengua propia. Por sobra de estudios no suelen los hombres errar, y el de los idiomas extranjeros es, como el que mas, provechoso; y lo es hasta para el perfecto conocimiento y acertado cultivo de otro cualquiera, incluso el nativo, siempre que el estudio sea hecho con el debido detenimiento, profundizando y analizando, y que le acompañe un cotejo de la una con la otra lengua, donde se verá patente la índole respectiva de cada cual de ellas, tomando en cuenta sus orígenes, formacion, crecimiento, época de perfeccion, si alguna merece tal nombre, decadencia y estado actual; datos y consideraciones que no pueden ménos de ser útiles para que, enterándose bien el estudioso de las condiciones particulares del habla de cada pueblo, atienda á sus relaciones con la del otro, y de ello deduzca cuál es el lenguaje que así á este como á aquel conviene y corresponde.

Del francés tomamos ahora los españoles, y empezamos á tomar desde el siglo próximo pasado, y han tomado y siguen tomando otras naciones, no sólo voces, cosa lícita, y hasta necesaria, cuando de allí vienen objetos y áun pensamientos nuevos para los cuales falta nombre ó expresion propia en el pueblo que los adopta, sino hasta giros y frases, á las que

(salvo en algun rarísimo caso en que piden peculiar modo de expresarse ciertos conceptos) hay siempre que sustituir del fondo de nuestra lengua castellana.

No sería difícil, con todo eso, probar que sólo del frances mal sabido nacen los mas atroces galicismos, y que del frances bien estudiado y llegado á poseer, si bien es posible tomar algo mas de lo debido, es fácil sacar con qué conocer bien, y siendo diestro, con qué manejar acertadamente nuestro idioma. Casi todos los galicistas, ó, cuando ménos, de entre ellos los mas graves y frecuentes pecadores tienen por ocasion de su culpa la lectura de libros contemporáneos, tanto los medianos y los de poco valor cuanto los superiormente escritos. Novelas y periódicos son las fuentes donde beben lo que los inficiona y vicia, y, aunque hay novelistas y periodistas que escriben bien, y como quien mejor, todavía la corriente ordinaria del novelismo y periodismo es turbia, cenagosa y nada sana, siendo casi imposible al beber separar el agua pura de la corrompida.

Y no es la lectura superficial de ciertos libros, y estos sólo de una época, lo que puede dar el provecho que del estudio de un idioma extraño afirma aquí ahora quien está honrado con llevar la voz de la Academia que puede y áun que debe sacarse. No; la lengua de nuestros vecinos que conviene estudiar no es únicamente la del dia en que vivimos; que ella, así como todas, ha tenido sus vicisitudes y mudanzas, las cuales está bien conocer para ponerlas en cotejo con las por que otras han pasado. Ascendiendo á sus orígenes, pueden verse en los escritores franceses de la llamada edad media semejanzas y desemejanzas con los nuestros de la misma época, y, examinando en dos figuras lo que tienen de parecido y de diverso ó contrario, se entera mejor el observador de la fisonomía de ambas. Añejas preocupaciones, que el amor de patria explica, pero no enteramente, aunque, sí, en cierto grado, disculpa, nos han tenido por largo tiempo imbuidos en la idea de que ántes del siglo décimosexto no contaba Francia escritores siquiera de mediano valer (salvo en Provenza y Languedoc) cuando

España en los mismos dias podia blasonar de varios dignos de noticia y de algunos muy ilustres: el autor del poema del Cid, Juan Lorenzo, el Rey Sabio, el Arcipreste de Hita, D. Juan Manuel, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique, los dos autores de la tragicomedia de Calixto y Melibea, el Bachiller Fernan Gomez de Cibdad-Real, si es que existió, y otros de inferior, aunque todavía bastante, merecimiento, comprendiendo entre estos á los autores de las canciones de aquellos tiempos que los cancioneros contienen. De superioridad, y no corta, es verdad que podemos hacer gala con toda justicia, pero no por esto hemos de suponer la inferioridad de nuestros vecinos tal y tanta que ningun competidor tengan que presentar capaz de aparecer en el campo literario de aquellos dias sustentando dignamente el honor de su bandera, ya que no alcanzando á disputar la palma de la victoria. *Froissard*, por ejemplo, es digno de ser contrapuesto á Perez de Ayala y á otros de nuestros cronistas, y merece salir de la contraposicion aventajado. Ni deja de haber en las poesías de Cárlos de Orleans y en algunas más de sus coetáneos é inmediatos antecesores y sucesores mérito suficiente para que no sean declaradas indignas de ser puestas en parangon con las de otros castellanos contemporáneos. Bien que culpa ha sido de los mismos franceses el haber estado despreciada, desatendida, y casi ignorada una larga época de la historia de su literatura, gracias á la crítica dominante desde los dias de la juventud de Boileau hasta los de la vejez de Voltaire, cuando, por diferentes motivos, todos los siglos anteriores al décimosexto eran reputados y declarados bárbaros y en Francia aún, hasta entrado el décimoséptimo, no se juzgaba que hubiese habido buen gusto ó cultura verdadera. Pero, cayendo ahora en cuenta de que las frases que inmediatamente anteceden encierran una digresion, á la cual sin querer se han corrido la pluma y el pensamiento, bien será, volviendo al asunto del presente leve é imperfecto trabajo, decir que del cotejo de las obras de franceses y españoles escritas ántes de que llegasen á su período de madurez

la una y la otra lengua deben sacarse para el conocimiento de cada una de ellas preciosísimos datos. Estaban cercanas ambas á su orígen, y lo que encerraban de la latina, siempre mucho, ya se pretenda que no era la parte principal, ya nos adhiramos á la opinion comun que las tiene calificadas de neo-latinas, y el modo de pasar á formar respectivos idiomas eran causa de que se diferenciasen ménos todavia que en la hora presente; dicho sea esto, no haciendo caso de algunas obras traducidas y áun originales de nuestros dias escritas en frase y sintáxis francesas puras aunque con palabras, y esto no todas, que, sólo por ser de uso corriente, son españolas de buena ley. Pero mudan los tiempos y llega la edad en que, segun opinion ántes general, y ahora con razon puesta en duda y hasta negada, cobran vida nueva las letras y artes, amortecidas si ya no difuntas desde la época de la clásica antigüedad. Entónces cunde por donde quiera la imitacion griega interpretada por la del mismo modelo hecha por los Romanos, y los autores franceses como los italianos y españoles latinizan en cuanto lo consiente la índole de su idioma, harto ménos latino en su forma que sus hermanos de las dos penínsulas meridionales. Es en aquel siglo notable nuestra superioridad sobre el pueblo de allende el Pirineo, y, con todo, en el grande escritor *Montaigne* y en el lenguaje del traductor *Amyot*, y en las rarezas de Rabelais y en las poesias de Ronsard, Du Bartas y Regnier, y en otros varios autores en prosa y verso que sería enojoso ir nombrando, hay que estudiar, así como que celebrar; y por lo tocante al propósito del presente discurso hay materia abundante para comparaciones con el lenguaje de nuestros escritores sus contemporáneos, cabalmente los dechados mas perfectos de nuestro romance castellano en punto á pureza, gala y hermosura, si bien no en punto á absoluta correccion gramatical; cosa en que mas de una vez flaqueaban los mejores, como criados y formados en época en que estaba el análisis en poco uso.

Si pasamos al siglo décimoséptimo, cuando decae España

en armas y letras desde los fines de su primer tercio hasta venir en el tercero y último á un estado de completo abatimiento y postracion, su vecina, con movimiento contrario, comienza á subir con pasos agigantados y firmes, y llega á ascender á prodigiosa altura, adquiriendo juntamente grandeza política y literaria. Reinando en Francia Luis XIII, se iban formando en su reino insignes escritores, cuya fama, en su principio entónces, creció y se confirmó en los años primeros del reinado de Luis XIV; monarca glorioso, mas todavía que digno de su gloria, aunque mereció mucha, y á quien deparó la fortuna, entre otros favores, el de dar su nombre á un siglo. Los autores de las dos mitades de aquel reinado famoso, más varoniles y vigorosos los de la parte primera, más correctos y elegantes los de la segunda, y entre estos y aquellos descollando *Bossuet*, gigante intelectual, de quien el insigne crítico nuestro contemporáneo Mr. Villemain acaba de hacer una comparacion con Píndaro de tan osada novedad y tan completo acierto, si son bien leidos y estudiados por lectores españoles, ántes que á cometer galicismos deben servirles de guia llevándolos á penetrar la índole de la lengua de que aquellos son ornamento llegada á su perfeccion, y por lo mismo á conocer cuánto se diferencia ya de la española. Á estos y á sus secuaces del reinado de Luis XV, al que dieron lustre la prosa sencilla, correcta, elegante y animada, pero no majestuosa, de *Voltaire*, y la concisa y algo conceptuosa frase de *Montesquieu*, y la poética, vigorosa y armoniosa de *Rousseau*, y la no ménos rica en poesía, grandiosa y pintoresca de *Buffon*; insignes nombres, á los que bien merecen ser agregados otros apénas inferiores, pero á todos los cuales faltaba cierta grandeza en la sencillez, ó al contrario cierta sencillez en la grandeza, deben los españoles amantes de su lengua y deseosos de ilustrarla, comprenderla y usarla mejor de resultas de su cotejo con las extrañas, dedicar muy particular estudio. Deben compararse los escritos de los franceses de la segunda parte del siglo décimoséptimo y de todo el décimoctavo, no con

los nuestros de la última mitad del primero y de la primera del segundo, cuando, si aun era pura en ellos la diccion, lo extremadamente vicioso del estilo la oscurecia, sino con las pocas bien escritas obras castellanas del reinado de Cárlos III y principios del de Cárlos IV, cuyo lenguaje era mas correcto si bien mucho ménos bello que el usado en la época de los Felipes austriacos; calificacion que comprende á D. Vicente de los Rios, al colector D. Tomás Sanchez, á D. Tomás de Iriarte, el mas puro, pero no, cierto, el mejor de todos, á Jovellanos, cuya primacía es universalmente proclamada, aunque de completa pureza de diccion no pueda alabársele con justicia; á D. Juan Bautista Muñoz, á D. Leandro Fernandez de Moratin, á los hermanos Villanueva, á D. Tomás Gonzalez Carvajal, á Capmany, á pesar de sus rarezas y resabios de catalanismo, á Vargas Ponce, no obstante su afectacion de arcaísmo que le hace escabroso, y á algunos otros cuyos nombres, ó no se recuerdan ahora, ó se omiten sin intento de hacerles agravio y sólo por no dilatar con exceso esta lista. De los franceses nuestros contemporáneos no hay que hablar, aunque hoy blasone con razon Francia de eminentes escritores, pues en lo general de las obras que allí salen á luz está el idioma estropeado y corrompido, y cabalmente de estos escritos de mala clase, no bien entendidos, es de los que sale la jerigonza que ha venido á ser lenguaje corriente del vulgo literario de nuestra patria. Y es, por cierto, lástima grande que la corrupcion en uno ú otro caso alcance á autores de mérito y justo renombre; sucediendo con este mal lo que con algunos del cuerpo humano, cuando en ciertas epidemias padecen primero quienes viven malamente, ó por necesidad ó por vicio, y á la postre, inficionado el aire, se comunica la enfermedad á la gente robusta y de vida arreglada. Á la cual dolencia bien podria decirse que se aconseja aquí dar un remedio en cierta manera *homeopático*, buscándole allí de donde vino el daño, y no en el contrario extremo; pero no llevando la semejanza hasta á aconsejar cortas dósis de la medicina, sino, al revés, las mas crecidas que consientan las circunstancias del doliente.

A tanto se extiende el consejo que ahora aquí se da sobre el uso del remedio recomendado que ni el de los escritos franceses contemporáneos excluye, si ha de hacerse con prolija atencion y firme juicio; pues, áun sin contar con que un *Villemain* acaso el primer crítico de la generacion presente, y clásico verdadero, con que un *Cousin*, que enamorado ahora de todo cuanto es de los principios del reinado de Luis XIV y fines del de Luis XIII en letras y artes, y hasta con particular empeño en mujeres famosas, pone singular cuidado en usar el lenguaje de aquella época en voces y giros, y con que un *Merimée*, en quien revive la prosa de *Voltaire*, y áun bastantes mas no inferiores son modelos de estilo y diccion, hasta en los mas corrompidos hay qué considerar y qué aprovechar, porque de sus faltas y rarezas, mirándolas como tales y no como perfecciones, es conveniente sacar leccion para saber lo que debe evitarse. Y se verá entre lo loable y lo vituperable cómo los franceses del dia, parecidos á muchos de nuestros compatricios, á veces con acierto, y en muchas ocasiones al contrario, resucitan voces de su antigua lengua ya desusadas en los siglos XVII y XVIII mezclándolas con neologismos, y emplean palabras como son *vergogne* (vergüenza) y *debraillé* (desaliñado con indecencia) á la par con otras como *excentricité* (extravagancia), y varias más tomadas del inglés; lo cual, hecho con sobriedad y tino, merece disculpa y hasta elogio; pero es digno de censura cuando, como suele suceder, se hace con juicio flaco y habilidad escasa.

No es, empero, del estudio de una sola lengua extranjera, y esta la mas fácil de saber y la mas sabida, de lo que debe sacarse grandes ventajas para el conocimiento y cultivo de la propia. Porque si de sólo estudiar el frances, haciéndolo como es debido, forzosamente ha de resultar mas provecho que daño mucho mejores resultas dará añadir á su estudio el exámen de otros idiomas. Entre ellos merece preferencia el italiano, tan usado por nuestros mayores, á veces de un modo no ménos digno de censura que las viciosas prácticas de nuestros gali-

cistas modernos, pues que escritores como Garcilaso y Cervantes al decir el primero:

«*Cosa pudo bastar* á tal crueza?»,

y el segundo: «Que son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon *que tu eres*?, cometieron el gravísimo pecado de emplear, no ya una voz, sino una locucion de lengua extraña y muy ajena de la suya, no siendo estos dos los únicos italianismos que en ellos y en otros buenos autores castellanos del siglo XVI y áun en algunos del siglo XVII merecen ser tachados. Por lo mismo, es importantísimo el exámen de la lengua italiana en los mejores modelos de su rica literatura para enterarnos bien de cuál es la índole de nuestro idioma su hermano, y hermano muy parecido, aunque idéntico no. Hay, además, en apoyo de la recomendacion de tal estudio, la consideracion de que cabalmente las vicisitudes de aquella lengua han sido casi las mismas que las de la castellana, hasta en las fechas, con diferencia que bien puede decirse leve. En la edad media nace vigorosa, y tanto que aparece en la que debia ser su infancia con proporciones y fuerzas giganteas en la gran figura de Dante. No acabado aún el siglo XIV, en la prosa de *Bocaccio* y en los versos de *Petrarca* se presenta ya con una clase de perfeccion y aliño que, señaladamente en el nombrado en segundo lugar, es de aquellos en que lo escogido y elegante del estilo y diccion, si no manifiesta decadencia, da hartos motivos para temerla cercana. Al comenzar el siglo XVI, y durante todo él, en Machiavelli y Guicciardini, como en Ariosto y Torcuato Tasso y en otros varios y numerosos escritores en verso y prosa, que, siendo inferiores luceros al lado de astros de tanta magnitud y brillo, serian soles en firmamento ménos poblado y no tan resplandeciente, conserva en su cabal integridad su peregrina hermosura. Corrómpese el estilo en el siglo XVII casi tanto como en nuestra España; pero la diccion no por esto se contamina. Llega el siglo XVIII, y la grandeza literaria de Francia al comenzar, así como en la segunda mitad del anterior, generalmente admirada y reconocida, todo

lo avasalla y oscurece, y de la admiracion nacen los conatos de imitar, y la imitacion, que quiere serlo puramente del estilo, lleva sin sentirlo, ó sin poderlo remediar á copiar la frase y á tomar voces de lo escogido por modelo. Hácia aquel tiempo, fenecida la dominacion de España en Italia, aparecen, al cabo de breve plazo, en aquel suelo dos como renuevos del árbol caido, vástagos de la rama de los Borbones españoles, y, ciñendo un príncipe sus sienes con la corona Real de las dos Sicilias, y otro con la Ducal de Parma, quedan establecidos en aquella Península dos gobiernos y dos córtes á las que cuadra el dictado de hispano-francesas. Fuese en parte por esta causa, ó por ella y otras ántes aquí expresadas, el idioma italiano se afrancesa, de lo cual dan notable ejemplo los escritores de aquel pueblo durante el siglo décimoctavo; *Algarotti, Beccaria, Filangieri*, y áun *Metastasio* mismo en cierto modo, y lo general de sus compatricios y contemporáneos, si bien con algunas, pero poquísimas, excepciones. Posteriormente cuando, entrado este siglo, estaba asentada la dominacion francesa en Italia, segun las apariencias, sobre firmísimos cimientos, se vió retroceder la literatura italiana en punto á estilo y diccion de la imitacion transalpina á la de los antiguos modelos del idioma toscano. Ha llegado allí en nuestros dias hasta á ser en no pocos escritos enmarañada la frase, y vuéltose al uso frecuente del hipérbaton, que, siendo empleado con templanza, sienta bien en aquella lengua casi latina. De ello ha resultado una diccion nueva, donde van hermanados arcaísmos y neologismos, conjunto que en los malos escritores ofende, y que en los buenos, ó no se deja sentir, ó sentido no desagrada.

Ahora pues, ¿quién no ha de conocer ó quien podrá negar que el estudio de la lengua y literatura italiana es sobre manera conducente al buen conocimiento del habla de Castilla, que hoy lo es de España toda? Atendida la índole de ambos idiomas, en el corte de cuyas frases hay, si no identidad notabilísima semejanza, y considerando que las vicisitudes por que

han pasado han sido casi las mismas, y pudiendo calificarse de muy parecida su situacion presente, claro se ve que el exámen hecho del uno servirá en gran manera al del otro su hermano. Hasta el hipérbaton, ménos tolerable en castellano, si es usado con tino y sobriedad da belleza muy natural á nuestros escritos, de lo que vemos frecuentes ejemplos en Cervantes, si bien áun en tal maestro no merecen aprobacion todas las trasposiciones que emplea, así como en la prosa de la *Diana enamorada* de Gil Polo el empeño de terminar los períodos con el verbo hace el estilo intrincado, y, por lo confuso, no poco desagradable.

Y si la semejanza de las lenguas toscana y castellana, tal que autoriza la calificacion de hermanas que suele dárseles, y aquí mismo se les ha dado, es causa de que, estudiando la una se aprenda bastante de la otra, esto y mas debe suceder y sucede si se vuelve la vista á otra lengua, hoy de los españoles desatendida, aunque no lo era de nuestros mayores, y á la cual puede llamarse con propiedad, no sólo hermana de la nuestra, sino gemela, si ya no se cree que es uno de los varios dialectos de España. Casi inútil es decir que el idioma de que se trata es el portugues, no tan pobre en producciones que no tenga su literatura, y esta de bastante valer en los siglos XVI y XVII, y no de despreciar en el presente en que acaba de morir un poeta como *Almeida Garrett* y vive un escritor como *Herculano*, y existen algunos más buenos autores en prosa y verso, así en el continente europeo como en el dilatado y próspero imperio brasileño, el cual, aunque separado como nacion de la ántes su metrópoli, sigue con ella unido por la comunidad de lenguaje dando hoy notables aumentos á su caudal literario.

Se quejan algunos críticos puristas entre nuestros vecinos peninsulares de que está ahora su lengua adulterada en la mayor parte de los escritos que salen á luz; queja que tiene visos de ser fundada, atendiendo á lo que pasa en otros pueblos cuya situacion es parecida á la de Portugal; y queja que estima

justa el autor de este trabajo por lo poco que conoce de un idioma, difícil de conocer bien para los españoles por la semejanza que tiene con el suyo; la cual lleva ó á desentenderse de estudiarle, ó á estudiarle con cuidado ménos prolijo.

Como quiera que sea, el conocimiento del idioma portugues sirve en gran manera para el de nuestro castellano, pues conserva un caudal de voces y frases hoy de nosotros olvidadas, y que eran parte del antiguo tesoro de nuestra lengua, de suerte que, cometiendo portuguesismos (si es permitida tal expresion) más restauraríamos en cierto grado la pureza que viciaríamos la contextura del habla castellana castiza del siglo XVI, dando aun á esta un sabor anticuado.

Hasta aquí todo cuanto se ha dicho se refiere sólo ó las lenguas por voto casi universal consideradas y llamadas neo-latinas. De una de estas, á veces mal entendida, ha nacido principalmente la corrupcion actual de la castellana y portuguesa y áun de la italiana, y por lo mismo, al buscar remedio al mal que ha causado, era natural que de ella tratásemos primero, é inmediatamente despues de las que, teniendo el mismo orígen, se parecen unas á otras en la forma y han pasado por casi idénticas vicisitudes. Del influjo de otros idiomas modernos, cuyo orígen no es latino, poco ó nada hay que llorar por lo pasado ó que temer para lo venidero, pues algunos anglicismos, de palabras y no de frases, hoy muy introducidos en el vocabulario corrientemente usado en nuestros escritos del dia, han venido á España como galicismos, adoptados ya por los franceses, vestidos al uso del pueblo que los ha prohijado, y pasando por ser de su patria adoptiva. Pero de que de idiomas al nuestro mas extraños no haya que temer, no se sigue que no haya que esperar, pues, muy al contrario, con atencion esmerada á algunos de raíz sajona ó germánica, notándoles bien las semejanzas y desemejanzas que hay entre ellos y los neo-latinos, se adelanta en el conocimiento de estos últimos y se puede percibir, cotejando, y reflexionando, qué clase de diferencias los separan, y cómo son otras que las que

existen entre los mas parecidos por ser hijos de una misma madre. De la lengua principal entre las hijas de la sajona, esto es, de la alemana, mal podria hablar la humilde persona á quien están ahora honrando con su atencion tantos ilustrados oyentes, pues tiene la desgracia de no saberla, si bien se arroja á decir, fiado en testimonios dignos de fe, que es en alto grado rica y flexible; razon por la cual su estudio forzosamente ha de ser de no menor provecho que el de otras para el fin de que trata este enfadoso discurso. Pero de la inglesa no será temeridad afirmar que, examinándola bien, resultará de ello no corta utilidad para comprender y cultivar mejor la castellana. Tiene el idioma inglés la particularidad de ser un conjunto donde está en fusion con bastante del elemento germánico no poco del neo-latino. Además, los ingleses dan muy franca la entrada á palabras extranjeras y las prohijan é incorporan en su vocabulario, conservando, empero, su sintáxis, á la que obedecen y se ajustan los vocablos admitidos.

Son en verdad notables las vicisitudes del habla de la parte meridional de la Gran Bretaña, que lo es de la tierra llana de Escocia, aunque en esta última bastante alterada en el uso diario. Conquistada Inglaterra por los Normandos, como lo habia sido siglos ántes por los Sajones, vivieron por largo tiempo en apartamiento los vencidos y sujetos y los vencedores y dominantes, no siéndoles comun ni áun la lengua, pues seguian en el uso de la sajona aquellos, y se valian de la francesa estotros. Al ir desapareciendo la desunion política y social, y fundiéndose en uno los dos pueblos, lo que con la sociedad hubo de suceder con el lenguaje. Nació pues el inglés, y tan pronto se formó, que en el siglo XIV produjo ya Inglaterra un poeta de no corto mérito, como es *Chaucer*, si bien en él más son de alabar la imaginacion manifestada en los pensamientos, y la sensibilidad en lo vivo é intenso de los afectos, que las prendas de estilo y diccion, notándose en esta última una rudeza que la diferencia en sumo grado del lenguaje del dia presente. Al terminar el si-

glo XVI aparece en Inglaterra un número crecido de buenos escritores, y particularmente de grandes poetas, entre los cuales descuella *Guillermo Shakspeare*, uno de los primeros de todas las naciones y edades, á quien acompañan *Spencer* en la épica, Ben-Jonson, Ford y algunos mas en la dramática, miéntras en la filosofía, y áun como escritor, en la historia, adquiere el Canciller Bacon de Verulamio alto, merecido y dilatado renombre. Áun, algo entrado el siglo XVII, el poeta dramático *Massinger* sigue, bien que á algun trecho, no sin merecer aprecio y parte de gloria, las pisadas de sus predecesores. Está entónces ya formada y perfecta la enérgica lengua inglesa, en que ha estampado hondas huellas, hoy mismo por lo bien conservadas visibles, el lenguaje bíblico, siendo lectura diaria de aquel pueblo vuelto en protestante la Biblia en su idioma vulgar. Llegado á mediar el aquí recien citado siglo otro eminente poeta, *Milton*, de no menor mérito, aunque no de tanta fama como lírico que como épico, y juntamente aventajado escritor en prosa, latiniza un tanto su lengua, pero sin desfigurarla. Queriendo imitar el gusto frances, y en parte el español de nuestros dramáticos, *Dryden*, autor de malísimas tragedias y de admirables trozos de poesía lírica y narrativa, se distingue por su bella y castiza diccion, no obstante algunos vicios de su estilo. Viene en pos otro período, reputado durante algun tiempo el siglo de Oro de la literatura inglesa, cuando parecia necesario que todo pueblo hubiese tenido su siglo de oro; período del cual sacó Voltaire sus ideas respecto á Inglaterra difundidas luego por Francia, y de allí transmitidas á lo demas de Europa, y período por los ingleses mismo juzgado y proclamado, durante breve plazo, el de mayor lustre en sus anales literarios; el reinado de Ana Stuard; época hoy todavía tenida en alta estima, pero reputada inferior á la de los dias de Isabel, y mirada casi como una de aquellas en que las letras florecian como florecen las plantas en invernáculos ó bien abrigados jardines, ó como se dan las frutas á fuerza de esmerado cultivo en tierras donde no son naturales,

En nuestros dias es general en los ingleses apellidar á los célebres autores del reinado de Ana *the wits*, voz que significa cierta clase de ingenios algo semejantes, si bien superiores, á lo que llamaban los franceses «*beaux–esprits*» y voz á la cual no hay verdadero equivalente en nuestro idioma; clase de escritores correcta, elegante, sutil, aguda, ingeniosa, de lo que viene el nombre de ingenios á quienes la componen; cuyas pasiones son, si ya no tibias, poco violentas ó intensas; cuyo estilo, como su imaginacion, jamás se pierde en las nubes, porque nunca remonta el vuelo con excesos de osadía; corteses mas que sensibles; observadores atentos del hombre social mas que del natural, y que de la naturaleza inanimada prefieren las escenas risueñas y aquellas donde intervienen para hermosearlas las manos humanas, á los bosques primitivos, á los breñales, y á las fragosas sierras donde braman las tempestades y los torrentes. En aquellos dias la sencilla, tersa y bellísima prosa de Addisson y los no ménos tersos y limados versos de Pope, con otros escritos de igual ó parecida especie que sería impertinente enumerar, eran y siguen siendo dignos de altísimo aprecio, bien que no de admiracion apasionada, y en punto á diccion nada dejaban que desear, no habiendo cesado aún hoy mismo de ser de ella un perfecto modelo.

Alguna variacion hubo reinando los dos primeros Jorges, época en que el francesismo se dejó sentir mucho en el estilo y áun algo en la diccion de los libros ingleses. Lord Chesterfield, el historiador Hume en su elegante sencillez, el mismo Robertson con mas laborioso aliño, y sobre todo el grande historiador Gibbon, cuyo estilo no es su mejor dote, teniendo otras muchas tan altas, escribian su lengua dándole tintes de frances mas ó ménos subidos. En tanto el irlandés Goldsmith, autor prolífico, conservaba la sencillez y naturalidad castizas que le distinguen en sus buenos versos y en su admirable novela, y se mantenia inglés puro. Por aquellos dias apareció en la palestra literaria Samuel *Johnson*, á cuyo apellido agregan siempre sus compatricios el título de doctor, porque lo era

en leyes; hombre que ejerció en su patria grandísimo influjo, y hasta cierta dominacion, la cual se avenia con su condicion adusta, imperiosa, impaciente y despreciadora de todo miramiento y toda regla de cortesía. Formó este autor por sí solo y publicó un diccionario de su lengua; obra en todos los demas pueblos de varios individuos juntos en academias, y tuvo tanto acierto, que es hoy mismo su trabajo, con pocas adiciones y correcciones, el libro regulador de su idioma, en cuanto cabe ser un libro regulador obedecido de la turba de escritores, de los cuales muchos no se sujetan á disciplina, ni acatan ni tienen por legítima autoridad alguna en punto á lenguaje. Escribió además no poco el doctor *Johnson*, latinizando un tanto su lengua hasta desterrar de ella modismos cuyo destierro ha cesado, y escribió en estilo elegante y pomposo, admirado, por largos años, y no desacreditado aun en la hora presente, si bien hoy mas se le respeta que se le sigue. Porque, á fines del siglo último, y particularmente á la entrada del en que vivimos, volvió el elemento sajon á cobrar poderoso influjo y tener lugar considerable en el estilo y lenguaje de los autores ingleses, así prosistas como poetas, especialmente en estos últimos, de los cuales aparecieron muchos señaladísimos, y apénas segundos á los mejores entre los de su patria, ó á los de superior valía entre los de otras naciones. Algunos de ellos germanizaban el inglés en vez de afrancesarle, de lo que dió muestras el poeta *Coleridge*, y las ha dado mas visibles y notables el prosador *Carlyle*, en cuyos escritos compiten grandes primores con no menores rarezas.

Ahora pues, visto cuál es y ha sido la índole de la lengua inglesa, y las mudanzas y vicisitudes que ha tenido, no parece desacierto afirmar que su estudio servirá al buen uso de la nuestra neo-latina, sobre todo, si se hace de los escritos ingleses un careo con los franceses, de donde resultará quedar para los españoles muy disminuido el peligro de recibir del trato exclusivo con los últimos, no sólo los pensamientos, sino los modos de expresarlos. Ocurre ahora aquí una reflexion

por demas conducente á probar cuán errada es la muy generalizada persuasion de que á la francesa nos es necesario tratar toda materia de que, ó no trataron, ó trataban con otras doctrinas que las hoy reinantes los escritores castellanos de los dias de la monarquía austriaca. De nuestra lengua patria confiesan con dolor sus apasionados y defensores, y dicen con empeño los que la tienen en poco aprecio (quizá por la costumbre que han contraido de maltratarla, y por el natural deseo á ello consiguiente de poder justificar su conducta), que si bien es sonora, majestuosa y por mil calidades bella, no puede con justo título blasonar de rica, y que, áun concediéndole riqueza en la parte de idioma vulgar para jocosidades y chuscadas, y para tratar materias de devocion, ó para la poesía, y, alargándose mucho, para la historia, en lo tocante al lenguaje propio y hasta necesario para hablar de asuntos filosóficos ó políticos dista á tal punto de ser rica que bien merece la calificacion de pobre. No es, en efecto, enteramente infundada esta acusacion ó queja, porque los escritores de los buenos tiempos de nuestra literatura se dedicaban poco á materias filosóficas ó políticas, y, cuando de ellas trataban, lo hacian de un modo que mal puede ser fielmente copiado hoy que la política y la filosofía, y señaladamente esta última, descansan en mas elevadas basas, y abarcan harto mas espacioso horizonte, si bien todavía las obras políticas de *Saavedra Fajardo, de Quevedo*, y de algunos mas, purgadas de sus vicios de estilo, suministran en su diccion, aunque no lo bastante al uso del lenguaje político de nuestros tiempos, una suma razonable de frases y voces que bien podia ser aprovechada. Pero, volviendo de aquí al tema del presente trabajo, viene á cuento decir que, leyendo escritos ingleses, se verá cuán hacedero es tratar los mismos argumentos que los franceses sin copiarles puntualmente la frase. Sirvan de comprobantes de este último aserto los periódicos, cabalmente la clase de producciones mas leida en estas horas, y acaso la que mas influye en punto á la formacion del estilo y á la eleccion de la diccion en sus

numerosos lectores, muchos de los cuales despues pasan á manejar la pluma. Léanse artículos de los periódicos ingleses trimestrales, mensuales, semanales y diarios, y hágase en seguida lo mismo con artículos franceses de igual clase, y se notará que, si en algunas cosas coinciden, y si los unos toman voces de los otros, en el corte y giro de la frase aparecen tan diferentes cuanto cabe serlo. Si luego pasamos á hacer idéntico cotejo del estilo y diccion de nuestros periódicos con los usados por los franceses, se verá que los primeros son remedo fiel de los segundos, á punto de parecer con frecuencia traducido lo que es original; ¡á tal grado llega la puntualidad del copiante ó la imitacion hecha por el discípulo de la manera de su maestro! Ahora bien, reparando en esta diferencia ¿no podremos caer en cuenta de que es posible tratar nosotros á la castellana materias que tratan á la inglesa los ingleses, esto es, adoptando, sí, vocablos con pensamientos traidos de afuera, pero dándoles algo de español para legitimarlos ó naturalizarlos en nuestra patria?

Esto último, señores, si no es que alucina y ofusca su ya escaso discernimiento á aquel cuyas palabras estais escuchando con tanta benevolencia, prueba cuánto y de qué manera puede aprovecharse el estudio y cotejo de varias lenguas para el cabal conocimiento y mas acertado uso de cada cual de ellas, y acredita asimismo que no es necesario para tratar materias de cualquiera clase en términos conformes á las condiciones de la edad presente valerse de la frase francesa, como es práctica corriente en lo general de nuestros escritores, si bien con excepciones tanto mas honrosas cuanto son mas escasas.

Hay, sin embargo, una razon que puede alegarse para estimar impertinente el conato ó deseo de afanarse por restituir á nuestra lengua la perdida pureza.

¿Á qué viene (pueden decir y nos dirán) pretender que sea el idioma castellano en el siglo XIX ya mediado lo que era en el XVI y XVII, ó áun en el XVIII, y que hablen los hombres

del dia tan diferentes de sus antepasados como estos hablaban? Si estais encargados de limpiar la lengua, y quereis cumplir con esta vuestra primera obligacion, mirad bien, primero, si lo que en ella os parece manchas no es el nuevo tinte que va tomando con el transcurso del tiempo; tinte imposible de mudar, porque es efecto de causas cuyo poder no alcanzan á destruir ni á contrastar las humanas fuerzas. Vivimos, pensamos, sentimos y procedemos múy de otro modo que nuestros mas ó ménos remotos abuelos, porque ha mudado todo cuanto nos rodea, y luces mas claras nos descubren infinitos objetos que ántes no percibíamos por las tinieblas en que estaban ocultos, y el habla, expresion de los pensamientos y afectos y explicacion de los actos del hombre, está, como es fuerza que esté, alterada y notablemente trocada. No camina retrocediendo el linaje humano; y, así como en lo físico no corren hácia sus fuentes los rios, en lo intelectual el hombre no vuelve á lo pasado, sino que, al revés, pone la mira y endereza el paso con mas ó ménos velocidad y firmeza á lo venidero. La lengua castellana, como las demas, y como todas las otras cosas del mundo, irá de dia en dia variando, y en el siglo XX será muy diferente, no sólo de lo que fué en los tres al nuestro anteriores, sino tambien de lo que es ahora.

Son, en parte, buenas y valederas las razones que acaban de exponerse en desaprobacion del intento de restituir su prístina pureza á nuestro idioma; pero en otra no menor parte son erróneas, porque proceden de un supuesto equivocado, y en ellas lo que contienen de cierto contribuye á dar un valor no debido á lo que encierran de falso; siendo por lo mismo provechoso y necesario tenerlas presentes y sujetarlas á exámen, para explicarlas y en algun punto refutarlas. No siempre al querer ir adelante vamos por el camino que mejor guia al paradero á que nos proponemos arribar, pues hay una cosa á la cual se da el nombre de extravío, y quien se ha extraviado acierta cuando retrocede, si lo hace para ponerse otra vez en la senda de que no debia haberse apartado.

No son los progresos en las artes ó en la parte de las letras que mucho de arte contiene, continuos y constantes, pues tras épocas de gloria vienen otras de género contrario, en las cuales retroceder es accion igual á la de quien separado del buen camino desanda lo mal andado, y vuelve al lugar de donde salió; acto que, sobre abonarle la razon, es práctica mas de una vez seguida, y, ciertamente, no á ciegas. Esto aparte, no es una reproduccion cabal y fiel de los escritos del siglo XVI ó XVII lo que debe recomendarse á los autores de la edad presente, ó lo que, áun recomendándolo, podria de ellos esperarse que fuese puntualmente seguido. No: las copias, áun las superiormente ejecutadas, carecen de brio, y no alcanzan el mas alto precio: el remedo, áun el mejor hecho, si admira y es justamente aplaudido, á la par que causa admiracion provoca á risa. En todos tiempos y casos es la espontaneidad joya preciosísima en el tesoro de las producciones del ingenio humano. Así que, lo apetecible, lo que ha de buscarse en escritos contemporáneos, no es que aparezcan en ellos imágenes del dia presente vestidas con añejas galas, sino que los arreos que revistan á los pensamientos, nuevos ó viejos, no sean empréstito hecho á los extraños, sino prendas propias que sienten bien á la naturaleza antigua y perenne, y al rostro y talle del objeto del cual están destinados á ser adorno. Lazos á cada hora mas estrechos y que han de ir estrechándose, ligan hoy unos con otros á los pueblos, y, sin embargo, la idea de hacer del mundo una sola nacion con una sola lengua, no sólo es desechada por juzgarla inasequible, sino que no es deseada, porque su logro una vez llegado sería funesto. La emulacion entre naciones, no enemigas, pero, sí, noblemente rivales, tanto en la region literaria cuanto en la política, da de sí las consecuencias mas provechosas. Mantenga pues cada lengua su carácter; púlase, perfeccionese, enriquézcase; pero no trueque todo ó parte de su caudal antiguo por otro nuevo traido de afuera; haga en lo posible propio lo que se vea precisada á tomar de lo ajeno, conserve como las personas la fisonomía y áun el espíritu de familia, y,

al modo que en las mas de estas retratan y renuevan los hijos las facciones y áun las calidades intelectuales y morales de los padres, particularidad á que contribuyen la virtud y la educacion, véase constantemente en el lenguaje escrito que hay color y formas nacionales; herencia lejana de nuestros mayores, de unos á otros transmitida, y con respeto sumo y amor entrañable conservada. Cabalmente á alcanzar este fin de conservar la variedad de idiomas juntamente con la comunidad de ideas va encaminado el medio propuesto en este imperfecto bosquejo; del cual mano mas hábil, tomándose el tiempo necesario, podria sacar un cuadro acabado donde apareciese probado y patente lo que aquí sólo está indicado y queda confuso.

Hay, empero, una objeccion de grande fuerza, no sólo contra la idea de apelar al estudio de las lenguas extrañas como un medio entre otros varios de acertar con los modos de purificar la propia, sino contra todo intento de limpiar, acrisolar y fijar un idioma; lo cual es, en sentir de quienes así opinan, trabajo ocioso con desperdicio del tiempo que en él se invierte. Para declarar los pensamientos está la palabra (segun esta opinion); para recoger las palabras está la pluma; con que exprese un autor lo que piensa basta; y la belleza misma de las formas nace de la acertada expresion de los conceptos con la cual atinan sin guia ni preceptos los buenos ingenios; siendo sabido que todas las reglas hechas y dictadas lo han sido á *posteriori* sacándolas de la práctica de los autores primitivos. Conformándose con tal parecer, están de mas el arte poética, la retórica y áun la gramática, así como todo precepto en materia de arte, y deben servir de única guia á los escritores el instinto y la rutina hija de la lectura.

Cuestion inmensa y gravísima es esta, señores, y no para tratada de priesa y de una manera superficial; razon bastante á disculpar que vaya aquí apuntada, y no resuelta, ni examinada siquiera; debiéndose con todo no ocultar que está por la negativa de la doctrina que acaba de exponer en breves palabras quien esto habla, y que debe estarlo el cuerpo de que es miem-

bro, pues su creacion, su existencia toda y su vida actual son una protesta contra los que se resisten á reconocer autoridad alguna, áun la mas moderada, áun la mas ilustrada, áun la mas detenida en la comunmente llamada república literaria, la cual, faltando en ella toda autoridad, no sería ya ni república, sino turba confusa y allegadiza falta absolutamente de cualesquiera reglas ó leyes.

Hay, sobre las consideraciones ántes aquí expuestas, y fuera de ellas, una cosa que mas que objeccion á la doctrina que acabais de oir, es peligro y peligro no leve, el cual amenaza á la por otro lado serena region de la literatura. Este mal inminente es la invasion de la democracia en su terreno. Cuando de ella hablo, líbreme Dios, como libre estoy hasta ahora, y como debo estarlo, yendo en este punto acordes mi obligacion, mi intencion presente y mi deseo, de dar entrada en este recinto á cuestion alguna política de las que hoy suscitan, avivan, acaloran y exacerban las pasiones, rompen amistades, engendran odios nuevos, enconan los antiguos, nos acompañan á todo lugar, se mezclan, áun cuando tal no se quiera, en toda conversacion, y hasta en el sagrado del retiro doméstico penetran, donde suelen turbar la dulce paz de la familia. La democracia á cuya invasion alude la frase que acabais de oir, es puramente la literaria; es la entrada, y á la postre, como consecuencia forzosa de ella, la dominacion del vulgo en el campo de las letras y artes; del vulgo totalmente indocto, pues no merece ménos dura calificacion su corto saber; vulgo que, en algun modo, invirtiendo el órden seguido en la enseñanza, ántes de leer escribe; vulgo que no niega la verdad de ciertas reglas porque ni sospecha que existan, y cuya irrupcion, pisando, allanando y aniquilando todo lo bello, todo lo artístico, de seguro, si tuviere efecto y llegare á convertirse en el firme establecimiento y preponderancia del invasor, traerá el mundo á una situacion, si no igual, parecida á la barbarie.

Á este mál previsto, ya le abulte, ó no, en cuanto á su

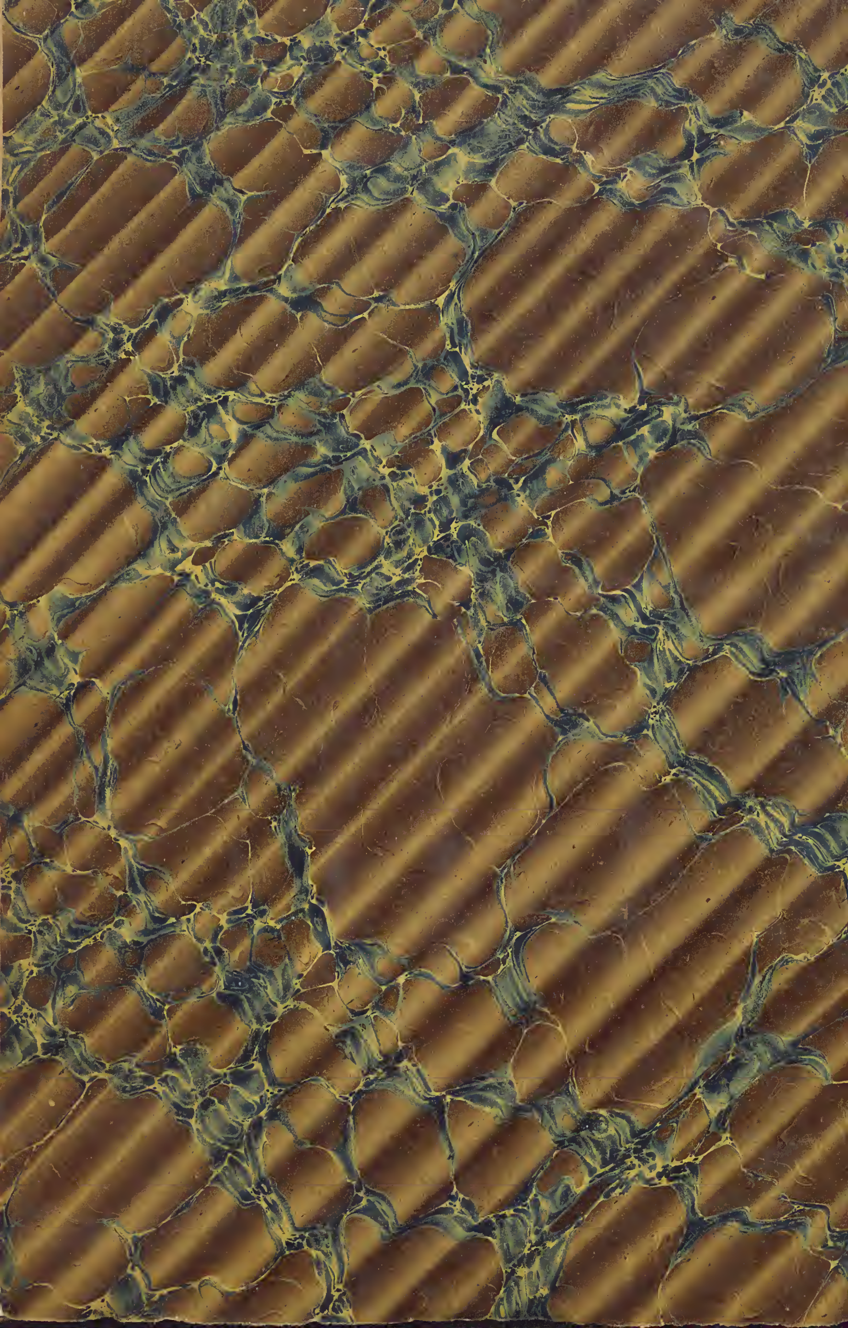
magnitud, ó en cuanto á su proximidad, una imaginacion medrosa, sólo puede haber un remedio, que será ya preventivo, ya curativo, y que tambien obrará á un mismo tiempo de ambos modos. Este remedio es el estudio y los frutos que de sí dan la ilustracion difundida, la lingüística bien cultivada, la teórica de varias lenguas y de cada cual de ellas en particular perfectamente conocida, y la reduccion á práctica de los preceptos en producciones elegantes y correctas. Como en política se ligan los pocos y alguna vez triunfan de la muchedumbre, así en literatura los *Aristoi*, *Optimates*, ó *mejores*, deben concertarse, trabajar unidos y resistir al agresor por todo linaje de medios, con la seguridad de que en tales lides no corre peligro el bien público; no siendo posible que de la victoria de la ciencia sobre la ignorancia, ó de la superioridad intelectual sobre la medianía y lo á esta inferior, resulten daños, ni áun siquiera los mas leves.

Arrogancia sería, sin embargo, prometerse la victoria en una contienda en la cual, como en todas, si vale mucho el saber dirigir la campaña, es, por otra parte, la fuerza numérica extremada y casi irresistiblemente poderosa. Bien será con todo resistir, y, si no engaña la pasion á quien así se explica, obligacion es de todo amante de la buena literatura, y lo es particularmente de esta Real Academia, tomar parte en la resistencia, y tomarla muy activa, procediendo con ardor, y sustentando la causa justa con tenaz perseverancia. Si esto no bastare, al lamentar la desdicha del vencimiento quedará el consuelo de haber hecho todo lo posible y todo lo debido para alcanzar victoria disputando con valor y teson el campo.

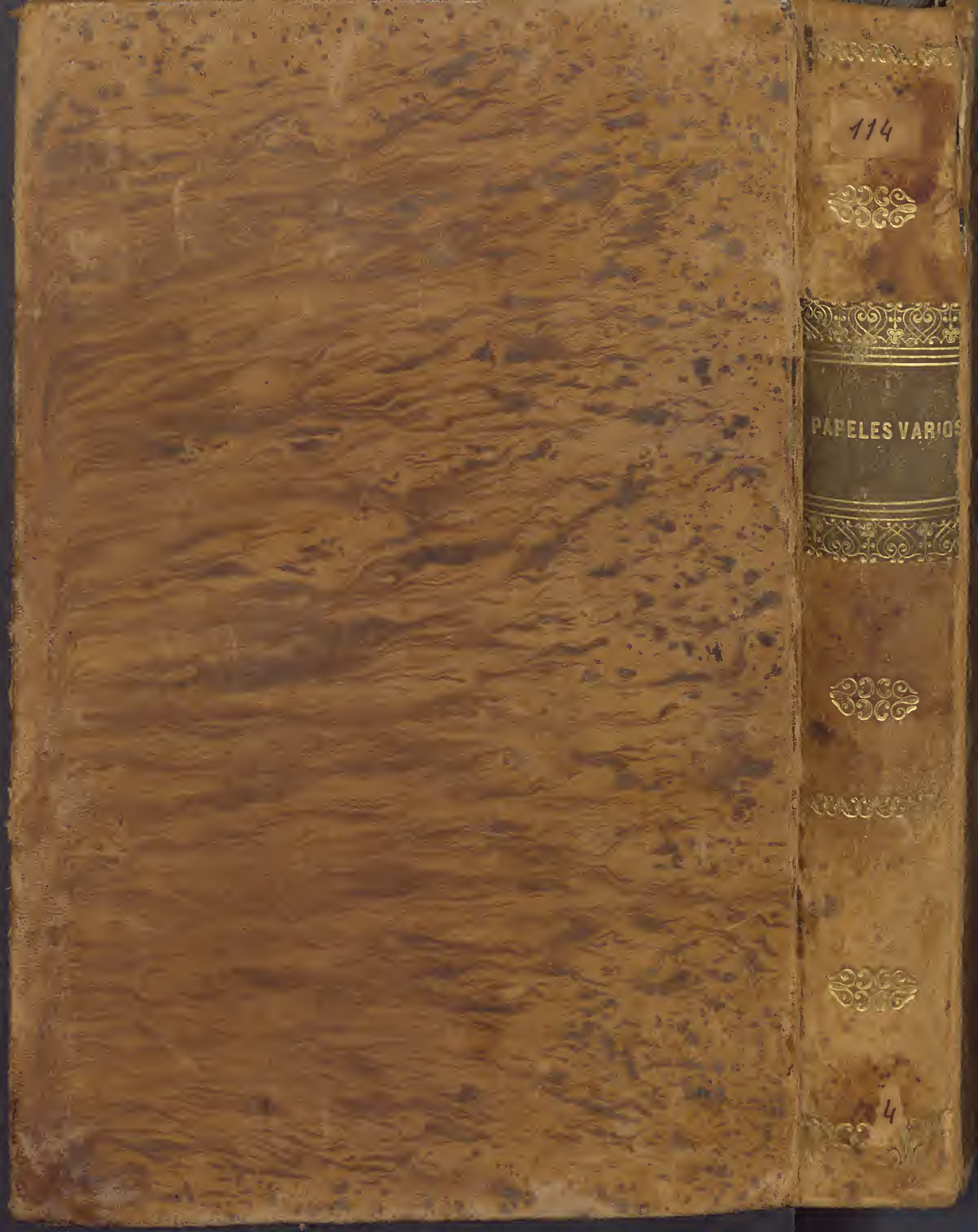
Al concluir, señores, mi trabajo con este consejo, no se me oculta (fuerza es repetirlo para terminar tan cansado discurso) que merece el consejero ser tachado de dar sobrada importancia á un punto que, áun cuando alguna tenga, sólo puede tenerla muy corta. Acaso, y sin acaso, son excesivos el terror que manifiesta considerando posible el triunfo de sus contrarios y el dolor que siente cuando supone su causa perdida.

Tal vez le domina una pasion, la del amor á su lengua patria; pasion que, como todas, abulta, realza y rodea de una aureola luminosa al objeto amado; anubla la vista para que no perciba defectos; lleva á cerrar voluntariamente los ojos cuando recela que descubran manchas; sueña perfecciones, siente celos, ve donde quiera peligros, y considera la pérdida de lo que es para él lo primero en este mundo, como la calamidad mas espantosa. Que esto puede ser, y áun que algo hay de ello en todo el contexto de este discurso, mal podria negarse. Y con todo eso, solicitando de nuevo vuestra indulgencia y teniendo la osadía de creer merecerla, y la no ménos atrevida esperanza de lograr su pretension, dirá que no debe parecer extraño, en el seno de este Cuerpo y delante del ilustrado auditorio que nos rodea y honra, que el triste anciano, de cuyos trabajosos esfuerzos, semejantes á las llamaradas de una luz próxima á apagarse, estais siendo testigos, al prever daños á los objetos de su amor y culto, muestre el carácter que toma una pasion en los últimos y muy avanzados años de la vida, cuando lo intenso suple á lo ardiente del sentir; y que, con la ternura comun á la niñez y á la vejez, que, por ser hija en ambas de la debilidad física y mental, se apodera del espíritu y le domina, temiendo y divisando cercano el acabamiento del bello idioma de Garcilaso y Granada, de Leon y Cervantes, de Mariana y Sigüenza, conmovido y tomando el tono y forma de plegária, una vez mas repita la ya en tantas ocasiones repetida exclamacion:

«Dii, meliora!....






114
PAPELES VARIOS
4